

Y rosas, granadas, higos,
 Solícitos me regalan.
 De la puerta de la choza
 Se divisa la barranca,
 Su frondosidad agreste,
 Su vegetacion bizarra.
 Al lado opuesto campean
 Las ruinas de una casa,
 En cuyo recinto crecen
 Pitayos silvestres, cañas
 De milpa y viejos nopales.
 Afianzándose en las abras
 De los márcos y los muros,
 Las melancólicas zarzas.
 Allá en el borde pastean
 Tranquilamente las vacas,
 Y en las siembras *los vigías*
 A los pájaros espantan.
 Grupos de antiguos mezquites
 Cubren las hondas cañadas,
 Se vé el rio culebrea,
 Se distinguen las montañas,
 La arboleda y caserío
 De *Mezquitic*, y en lejana
 Perspectiva, aquellas torres
 De San Juan, tan elevadas—
 ¡Lugar grato y apacible,
 Con razon te quiere el alma,
 Y *La Rosa de Castilla*
 Los campesinos te llaman !



UN DIA EN EL CAMPO.

(San Juan, Agosto 28 de 1850.)

Luce la cándida aurora
 Con su diadema de perlas,
 Y cayendo en los rosales
 Ganas dán de recogerlas.

Revolando los gorriones
 En los álamos del rio,
 Amorosos se despiden
 De las mañanas de Estío.

Con su alfombra de esmeralda
 Se estiende feraz pradera,
 Y sobre árboles y flores
 Ya un tibio sol reverbera.

El aire es dulce y templado,
 Está azul, azul el cielo,
 Y sus llanuras, las aves
 Las cortan con manso vuelo.

Vistosa es la caravana
 Que á traves de la llanura,
 Sigue en grupos pintorescos
 Senda marcada y segura.

Parejas hay que cabalgan,
 Y otras que harán el viage
 A pié, por antigua ruta,
 Do es mas agreste el paisage.

Vamos á un dia de campo
A *Mezquitic*, pobre aldea,
Que con su corona de árboles
Allá á lo léjos humea.

Sobre la yerba mojada
Corren las niñas donosas,
Alegres como los pájaros
Y frescas como las rosas.

Ya triscan por los senderos,
Ya cortan silvestres flores,
O cantan como los ángeles,
O se cuentan sus amores.

Así entran al pueblecillo
Pulsando dulces guitarras,
Junto á las chozas campestres
Con sus cortinas de parras.

Presto recorren las calles,
Y en una Iglesia en ruinas,
Dejan al pié de la Virgen
Guirnaldas de clavellinas.

Despues en un huertecillo
Fresco, limpio y oloroso,
Tras de un cerco de rosales
Toman descanso y reposo.

Cuelgan de un fresno á otro fresno
Dócil cuerda entrelazada,
Y risueñas se columpian
Una á una en la enramada.

En el hogar de un labriego
Nos sirven frugal comida,
Sazonada por el gusto,
Por la charla entretenida.

Afuera del pueblo indígena,
Allá en praderita verde,
Hay un grupo de sabinos,
Que nunca su toldo pierde.

En tan solitario sitio
Y sobre musgosa alfombra,
Todos sentáronse en rueda
Bajo de la grata sombra.

Entre juegos y sonrisas
Allí discurrió la siesta,
Las tórtolas en las ramas
Y el silencio en la floresta.

Varias veces, varias veces,
Cruzamos despues el río,
En lo hondo de las cañadas
O en laberinto sombrío.

Antes al *Conde de Cabra*
Jugamos en plena calle,
Ellas con lazos de rosas
De San Juan, gala del valle.

Melancólica en el campo
La vihuela se escuchaba,
Y es que en todo ese camino,
Pálida niña cantaba.

¡ Tantas gentiles bellezas,
Ni templaron mis enojos !
¿ Qué cielo ha de haber radiante
Sin la estrella de mis ojos ?

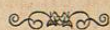
En esa fiesta campestre
Donde todo fué alegría,
Ni un solo instante tu imágen
Se apartó del alma mia.

Se abrieron las flores blancas
Y en sus urnas aromosas,
Bebí el ámbar de tu aliento,
Hallé tus manos preciosas.

Buscando lecho en lós olmos
Cantó una alondra suave,
Y oí tu blando suspiro
En los suspiros del ave.

Trémula brotó la estrella
De la tarde, y tiernamente
Miré en sus rayos tus ojos,
Y en sus celages tu frente !—

Que á todas partes me sigues,
Despierto, en sueños te veo,
Como si fueras mi sombra,
O el alma de mi deseo !



LA HE VUELTO A VER.

(Colegio Seminario, 15 de Diciembre de 1850.)

Pálida como los mármoles
De las estátuas antiguas,
Y enlutada como el ángel
De la tristeza infinita.
Volví á encontrarla esta tarde
De invierno, triste, enfermiza,
Cual flor bella y delicada
A quien el áustro lastima.
Con esa espresion de angustia
De blanca gacela herida ;
Jugando en sus dulces lábios
Melancólica sonrisa.
Desconsolada belleza,
La ví al pasar, peregrina,
No entre armonioso silencio,
No en solitaria campiña ;
Ni en su nidito de rosas,
Ni en el vergel de sus lilas,
Sino en faustosa tertulia,
En casa de unas amigas.
Grande era la concurrencia,
Do quier los ojos veían
Engalanadas las calles
Con lazos, flores, cortinas.
Cien estrados á las puertas.
Ventanas donde lucian
Con primorosa elegancia,
Gentiles y hermosas niñas.
La procesion del Santuario
Lugar esa vez tenía,
Y entre gallardas doncellas

Hallé al ángel de mi dicha.
 Me pareció la encontraba
 Despues de incontables dias,
 Mas pálida y mas hermosa,
 Distinta en todo, distinta.—
 Supe que en su larga ausencia
 Fué obsequiada, pretendida,
 Y hasta una historia de amores
 Dijéronme cierto dia.—
 ¡ Cómo que hubo en aquel pueblo
 Fiestas, bailes, y en conquistas
 Galan diestro, se propuso
 Prendar su alma de niña !
 Pasé, encendiéron su rostro
 Dulces, ruborosas tintas,
 Y contestó á mi saludo
 Hechicera y conmovida.
 A sus garzos, grandes ojos
 Asomó intensa, infinita
 Una mirada de cielo,
 Que un cielo me prometia !—
 Ya noche, al fin de una calle,
 La alcancé tras de seguirla,
 Y cuando estreché su mano
 Noté que se estremecia.
 No sé lo que dije entónces,
 Turbóse tanto mi vista—
 ¡ Y allá en el fondo del alma
 Sentí una estraña delicia !
 ¡ Dos relámpagos brillaron,
 Dos almas se confundian,
 Dilatándose enlazadas
 Hasta la region bendita !—
 Inmensa, absoluta, eterna,
 En nuestras almas germina

Una atraccion misteriosa,
 Que da al Universo vida.
 Atraé todos los mundos,
 Sobre sus moles gravita,
 Y produce de los cielos
 La magnífica armonía.
 El luminoso alfabeto
 De las estrellas convina,
 Y el nombre de Dios escribe
 Con tan misteriosas cifras.
 Como fuerza creadora
 Corta las masas graníticas,
 Y su cincel de diamante
 Pasa á las manos de Fídias.
 Colorea el Universo
 Con el iris de sus tintas,
 Dibujando las estrellas
 Y las montañas altísimas.
 Brilla en la alma soñadora
 De ese Rafael de Urbina,
 Y dicta en períodos gráficos
 Los poemas de la India.
 La musa griega le debe
 Sus inspiraciones divas,
 Sus leyendas orientales
 Los poetas de la Siria.
 Los trovadores del Norte
 Por tal deidad se cautivan,
 Y pulsan sus harpas de oro
 Los bardos del Medio dia.
 La música, con sus notas
 Nombres mil inmortaliza,
 Que es amor—¡himno que entona !
 ¡ Los ángeles con sus cítaras !